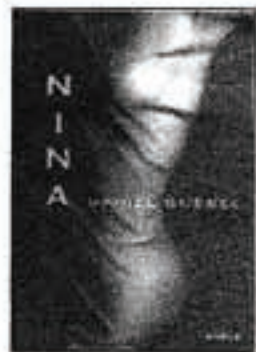


# NINA

Daniel Guebel

Emecé. 254 páginas. \$ 16



Como el prisma que parece ser, el amor en general refleja y a veces refracta su propia materia en las superficies o profundidades del ser amado. Se ubica así como un espejismo

en el centro del vínculo, como una de esas lámparas compuestas por miles de espejos que giran y que devuelven a la mirada una serie infinita de diseños. El laberinto del amor, un lugar donde perderse y al mismo tiempo obnubilarse.

Seguir los designios de este sentimiento como quien lo vuelve un objeto de estudio y disección, con la paciencia y la ansiedad del que probablemente lo ha padecido —es decir, desde la más in-

trinseca obsesión—, es la tarea que se fijó Daniel Guebel en su atrapante e ingeniosa última novela, *Nina*.

Julio Speer, su protagonista, es un hombre obsesionado por el amor de Nina. Un hombre que concibe al amor como una serie de estrategias; esto es: un hombre que se siente amenazado. Speer conoció a Nina por azar, cuando asistía a una puesta escenográfica que ella hacía en una disco. Para el fóbico Speer el encuentro no podría haber sido más intrascendente; pero algo en ese contacto cambió su vida.

A partir de allí la narración se vuelve en manos de Guebel casi una novela de suspenso, donde el lector asistirá a los más absurdos —pero no inverosímiles— planteos amorosos y a las acciones más descabelladas; seguirá paso a paso el curso de innumerables pensamientos y fantasmas neuróticos que parten de las ideas más comunes y llegan casi a lo bizarro. Podrá ver a un Speer déspota y soez, y después a un Speer heroico saltando de balcón en balcón por el edificio en el que vive Nina.

Este desglose de la neurosis obsesiva que es *Nina* se incluye en la categoría 'no-

vela psicológica del horror amoroso' con la elección del nombre del protagonista. Las escenas del espanto amoroso están a la medida de la arquitectura de un campo de concentración, y no es casualidad que el protagonista se llame Speer. Como le sucede a su alter ego literario, el escrupuloso Albert Speer —Albert Speer. El arquitecto de Hitler: su lucha por la verdad, de Gitta Sereny—, quien pese al exhaustivo análisis de la culpa y sus sentidos no da nunca con un saber sobre su origen y sobre el exterminio, así también el Julio Speer de *Nina* nunca da con un saber sobre el amor, a pesar de sus largas disquisiciones y análisis y preguntas sobre el otro y sobre sí.

Como en *Matilde*, Daniel Guebel vuelve a construir en *Nina* una monumental estructura habitada por los fantasmas del amor, el abandono, la soledad, el sexo, la traición y los fantasmas que se esconden tras las cortinas: los fantasmas del deseo.

El dibujo que hace Guebel del amor es todo lo aterrador que puede imaginarse. El terror es para Speer el discurso amoroso por excelencia y se relaciona con él por la contemplación de la propia incapacidad.

Sólo saberse muy por debajo de la altura del amor permite armar la arquitectura necesaria para escapar de él. "Convencido de que cualquier acto se legitimaba si respondía al mandato del amor, ya no encontró obstáculos para proceder de la manera que su ética reprobaba." Así se diseñan torturas varias con la leve excusa de la disección investigativa o por la necesidad de encontrar una "verdad sobre el amor" o para dar respuestas a preguntas insondables, hechas por seres no menos insondables, para quienes cada encuentro es una amenaza y sólo expresan deseos de posesión voraz.

En una verbosidad sostenida por la pasión narrativa que caracteriza su escritura, el autor de *La perla del emperador* nos lleva con ingenio, humor y desesperación por los laberintos caprichosos del discurso amoroso, como en una sucesión de hechos propios del suspenso. Las capacidades obsesivas del pensamiento y las acciones del amor se compaginan en *Nina* para crear el objeto del que podrá finalmente desprenderse la razón de un argumento y las más inútiles razones del amor. □

GABRIELA LIFFSCHITZ